

## Catolicidad, universalidad, universidad Una aproximación desde la filosofía<sup>1</sup>

José Demetrio Jiménez, OSA<sup>2</sup>

Asistimos al derrumbamiento de una zona de civilización nacida a fines de la Edad Media, consolidada al mismo tiempo que minada por la era industrial, capitalista en su estructura, liberal en su ideología, burguesa en su ética. Participamos en el alumbramiento de una civilización nueva, cuyos supuestos y creencias aún están confusos y mezclados con las formas desfallecientes o con los productos convulsivos de la civilización que se borra.

Son palabras de Emmanuel Mounier en su *Manifiesto al servicio del personalismo*, publicado en 1936 (1986: 13).

Derrumbamiento... Gestación... Alumbramiento... Palabras que resuenan también entre nosotros. La gestación parece que viene de largo. ¿Estaremos en tiempo de alumbramiento? ¿Qué está siendo dado a luz? ¿Qué nos corresponde aportar a los cristianos de nuestro tiempo para que este parto se dé bien? ¿Qué sugieren nuestras tradiciones?

### Diversidad y ciudadanía

La sociedad a la que aspiramos, pensaba Agustín de Hipona, *ciudad de Dios* presente

en la vida transitoria de la *ciudad de los hombres*, «convoca a ciudadanos de todas las razas y lenguas [...], sin preocuparse de su diversidad de costumbres, leyes o estructuras que ellos tengan para conquistar o mantener la paz terrena. Nada les suprime, nada les destruye [...]. Solo pone una condición: que no se pongan obstáculos a la religión por la que —según enseñanza recibida— debe ser honrado el único y supremo Dios verdadero. En esta su vida como extranjera, la ciudad celestial se sirve también de la paz terrena y protege, e incluso desea —hasta donde lo permite la piedad y la religión—, el entendimiento de las voluntades humanas en el campo de las realidades transitorias de esta vida. Ella ordena la paz terrena a

---

Citar: Jiménez, José Demetrio. «Catolicidad, universalidad, universidad. Una mirada desde la filosofía». *Cuadernos Universitarios* [Salta, Argentina], núm. 9, 2016: 9-20.

<sup>1</sup> Texto de la conferencia brindada por el autor en el marco de una «Charla Formativa», en la Universidad Católica de Salta el 22 de agosto de 2016 (Res. Rect. N° 1066/16).

<sup>2</sup> Obispo de Cafayate, Salta, Argentina.

la celestial» (*La ciudad de Dios* 19, 17).

La realización de la sociedad adecuada para que el hombre alcance la felicidad comporta —dice el mismo santo de Hipona siguiendo a Cicerón en su obra sobre la *República*— el «acuerdo de lo disímil según un orden razonable» —*moderata ratione ciuitatem consensu dissimillimorum concinere* (*La ciudad de Dios* 2, 21, 1)<sup>3</sup>. Consonancia entendida como articulación de las diferencias de tal manera que se procure el surgimiento, la aceptación y la promoción de una comunidad de intereses, a saber, un *pueblo*, que haga emerger, integre y visibilice la *Nación* que nos identifique<sup>4</sup>. Esto será posible si desarrollamos los instrumentos necesarios para una convivencia equilibrada y sostenible, el *Estado*. Puesto que no todos pensamos lo mismo ni tenemos idénticos criterios de vida, nos corresponde edificar la convivencia sobre un orden razonable que articule las diferencias en un proyecto común. Es el desafío de la política. Esto tiene que ver con «la búsqueda de la verdad y el compromiso por el bien común» (*Oración por la Patria*), que hacen posible la convivencia y viable la concordia.

La verdad «se busca por medio de la discusión» (*Cuestiones sobre el Heptateuco* 1, Proemio). Y por ser «el objeto de las aspiraciones de todos los hombres, no puede ser coto

cerrado de ninguno de ellos. La verdad es una luz, privada y pública a un tiempo, que está al alcance de todo el que la busca» (*El libre albedrío* 2, 12, 33). Engendra libertad y hace de los hombres «ciudadanos de la ciudad libre, socios de la paz eterna, donde no debe existir el amor de la voluntad propia y en cierto modo privada, sino el amor que se goza en el bien común e inmutable, y que hace un solo corazón de muchos» (*La ciudad de Dios* 15, 3).

La edificación de la *ciuitas* supone la conciliación de lo plural, que no surge de una síntesis, sino de la articulación de lo diferente en un proyecto común. Esto comporta de parte de cada uno reconocerse miembro de un todo orgánico del que solo será excluido cuando, por iniciativa propia, no quiera estar o atente deliberadamente contra el bien común. Organismo que es más que la suma de sus partes porque respeta, cuida y vela por cada una: sin ellas no existiría. Nuestra *ciuitas* será eso que, por la confluencia de lo diferente, podemos edificar juntos: acompañándonos, asociándonos, buscando la concordia por medio del consenso razonable.

## La tarea de la filosofía

La búsqueda de esta verdad comporta que la filosofía ocupe el lugar que le corresponde

---

<sup>3</sup> San Agustín cita a Cicerón en la referencia que este hace de Publio Cornelio Escipión Emiliano «el Africano», quien expresaba en un símil musical: «Así como se debe guardar en la cítara, en las flautas y en el canto y en las mismas voces una cierta consonancia de sonidos diferentes, la cual, mutada o discordante, los oídos adiestrados no pueden soportarla, y esta consonancia, por la acoplación de los sonos más desemejantes, resulta concorde y congruente, así también en la ciudad compuesta de órdenes interpuestos, altos y bajos y medios, como sonidos, templados con la conveniencia de los más diferentes, formaba un concierto».

<sup>4</sup> La tierra que habitamos («PATRIA») nos ha sido dada, la sociedad que edificamos («NACIÓN») es nuestra tarea. En este territorio con características geográficas y culturales propias («PAÍS») nos corresponde contribuir a la organización social, política y económica sustentable, promoviendo instituciones que garanticen los derechos fundamentales de cada uno de los habitantes de esta tierra, de cuya sociedad somos ciudadanos («ESTADO»).

en la educación de la sociedad, tal como lo entendiera Cicerón, que no quede recluida en el mundo académico, que pueda hacer su aporte como maestra de la vida, generadora de pensamiento, pedagoga de la virtud.

*Vélis nolis* vivimos en un mundo que solemos calificar de laico. Laico viene del griego λαός, que significa pueblo. En Occidente esta denominación ha sido referida a lo que también se ha llamado secularización, diríamos que un complejo proceso socio-cultural referido de modo prioritario a los dos últimos siglos. Interpreta un cambio de perspectiva en la visión de la realidad. También se le llamó mundanización del mundo, es decir, la «emancipación de la realidad terrena de los controles religiosos y del dominio de la religión cristiana, ejercido en la antigüedad y en la Edad Media. El resultado de este proceso es un mundo a disposición y bajo el gobierno del hombre, un mundo autónomo, campo para su libre investigación, creación y planificación» (Jiménez Ortiz, 1992: 116-117).

¿Qué nos corresponde a los cristianos recibir de y aportar a este mundo en el que vivimos como miembros de nuestro pueblo? Tal vez uno de los elementos interesantes tenga que ver con lo más genuino de la tradición cristiana, que desde antiguo se esforzó en proponer la experiencia de Jesús, esto es, la vida de fe en diálogo con la razón. Dentro de la comunidad cristiana hablamos con argumentos de fe (bíblicos, teológicos, litúrgicos, devocionales...) —y corresponde hacerlo—, pero en la sociedad civil hemos ser capaces de expresar nuestras ideas con un lenguaje accesible a quienes no participan de los argumentos de fe (cf. 1 Pe 3, 15; González-Carvajal, 2008). ¿Cómo hacerlo? He aquí la cuestión. Pienso que es uno de los desafíos de los cristianos en la Universidad. Un logos que considere también las «razones del corazón», razón dialógica y dialéctica que toca el *pathos* y nos permite habitar

en la verdad sin colonizarla.

«El pensamiento nace libre y en todas partes se encadena a sí mismo». Es una de las anotaciones de G. K. Chesterton (2005: 141) en su artículo «El deseo moderno por la esclavitud», publicado *The Illustrated London News* el 15 de diciembre de 1923. Tiene que ver, según mi parecer, con el sentido propio del conocimiento de la realidad, esto es, con la verdad y su búsqueda. Uno piensa y cree que es verdad lo que piensa. Es la que podemos denominar *filosofía-razón*. También puede llegar a pensar lo que cree. Y es el *amor* «a», «por» y «de» la sabiduría, que a uno lo hace salir de sí mismo (*trascendencia*), por lo que llega a conocer al otro y reconocerse en él (*alteridad*), eso que genera lazos y relaciones (*amistad*) que explicitan lo mejor de uno.

Que la filosofía sea en su etimología *amor* «a», «por» y «de» la sabiduría es un acontecimiento no solo relevante, sino también ineludible, que no conviene ni obviar ni olvidar. Quiere decir, entre otras cosas, que «no se entra en la verdad sino por el amor», comentaba san Agustín (*Réplica a Fausto, maniqueo* 32, 18). *Veritas* latina, *alétheia* griega, *'emet* hebrea. El verbo hebreo *'aman*, de donde viene «amén», significa firme, bien fundado, sobre lo que se puede edificar (cf. Léon-Dufour, 1982: 930-935). La verdad no es prioritariamente lo que se des-oculta en la interpretación heideggeriana (*a-lethes*), tampoco en primera instancia la conformidad de lo que se dice con lo que es (*ueritas*), sino concretamente aquello a lo que uno se abre por el hecho de estar manifiesto sin haberse uno dado cuenta, hacia lo que uno tiende y aspira recibir, sobre lo que puede edificarse la casa de la vida, el hogar del hombre, su mundo de relaciones. Es camino de por vida y tiene que ver fundamentalmente con su búsqueda, que es un «acontecimiento», en terminología de E. Mounier: comporta la llamada del otro, el sufrimiento y la esperanza

del otro, no separar la búsqueda de la verdad de la condición cotidiana del hombre.

Leyendo el libro *Hortensio* de Cicerón durante su etapa —diríamos hoy— de estudiante universitario, Agustín de Tagaste se sintió «estimulado al estudio de la sabiduría. El caso es que —confesaba— iba atrasando la tarea de su búsqueda», porque «no ya el hallazgo de la sabiduría, sino la simple búsqueda debería haber gozado de prioridad frente a todos los tesoros» (*Confesiones* 8, 7, 17). «Hay que buscar la verdad con empeño para que su encuentro produzca mayor satisfacción. Y hay que disfrutarla sin hastío para seguir buscándola con nuevo afán», escribió años después (*La trinidad* 15, 2, 2).

La búsqueda de la verdad y su hallazgo comportan una paradoja: se pierde la certeza de que hay algo que poseer y uno pasa a ser seducido por lo que encuentra, porque no se sabe bien quién encontró a quién, quién conoció a quién y quién se sintió reconocido. Por eso la búsqueda de la verdad es, en primer lugar, exploración. Es —*mutatis mutandis*— como la *patria*. Uno habita su tierra, la de sus padres, en la que fue engendrado. Esa tierra me pertenece en tanto reconozco que le pertenezco. He edificado mi hogar sobre este suelo, esta tierra ofrece fundamento a los cimientos de mi casa. Pero no debo encerrarme en esa mi casa. Aunque me alberga y ampara —precisamente por ello—, necesito salir, porque aún queda mucha tierra patria por explorar, frondosos bosques que conocer, hermosos valles que transitar, elevadísimos cerros que ascender... Y, sobre todo, muchas personas con las que encontrarme, que también son de aquí y andan buscando.

Cuando uno se adentra en tierra ignota se trazan caminos sin que el territorio sea conquistado. En la búsqueda de la sabiduría hay caminos trazados, pero es cada uno quien ha de transitarlos. Necesitamos, quizá, optar por

hacerlo en compañía y atender a los consejos de los sabios que diseñan mapas, cual geógrafos del espíritu...

La filosofía supone, en este sentido, el cultivo de la humildad. Esto por una obviedad: ni lo sabemos todo ni todo lo podemos. Más bien es muy poco lo que sabemos y menos lo que podemos. Por eso nos necesitamos. San Agustín lo expresaba en una de sus cartas: «El primer paso en la búsqueda de la verdad es la humildad. El segundo, la humildad. El tercero, la humildad. Y el último, la humildad. Esto no significa que la humildad sea la única virtud necesaria para el encuentro y disfrute de la verdad. Pero si todas las demás virtudes no van precedidas, acompañadas y seguidas por la humildad, la soberbia se abrirá paso entre ellas y destruirá sus buenas intenciones» (*Carta* 118, 3, 22; cf. *Sermón* 96, 3; *Confesiones* 7, 7, 11). No en vano es nuestra condición. Es propio del hombre plantar las raíces de la vida en la tierra de la humildad, aunque sea una cuestión que con frecuencia dejemos de lado. *Homo, humus, humilitas...* Es esta una tierra que hemos de cuidar, porque en ella han sido depositadas semillas que cultivar... *Cuidado, cultivo, cultura, culto...*

Respecto del camino filosófico, san Agustín lo reflexionaba con la imagen de quien navega. Navegantes en búsqueda de la verdad que procura la felicidad, todos «son atraídos por diversos motivos a la tierra firme de la vida feliz, pero han de temer mucho y evitar con suma cautela un elevadísimo monte o escollo que se yergue en la misma boca del puerto y causa grandes inquietudes a los navegantes... Pues ¿qué otro monte han de evitar y temer los que aspiran o entran en la filosofía sino el orgulloso afán de vanagloria, porque es interiormente tan hueco y vacío que a los hinchados que se arriesgan a caminar sobre él, abriéndose el suelo, los traga y absorbe, sumergiéndoles en unas tinieblas profundas, después de arrebatarnos la

espléndida mansión que tocaban con la mano?» (*La vida feliz* 1, 3).

Buscar es «hacer algo para encontrar o hallar a alguna persona o cosa» (DRAE). El resultado de la búsqueda puede darse en un doble sentido: buscar y encontrar, o buscar y hallar. La palabra «hallar», del latín *afflare*, significa soplar, y se decía del perro que rastrea la pieza con el hocico y resopla. «La busca, la rebusca, que tiene al perro siempre alerta», poetizaba León Felipe. Buscar es, en este sentido, rastrear. Podemos hallar algo sin buscarlo, pero solo puede hallarse algo si, en cierto modo, se tiene actitud de búsqueda, si uno se mueve para ello. La palabra «encontrar», del latín *in contra*, significa prioritariamente dar con una persona o cosa que ya se buscaba. Uno puede encontrar lo que estaba buscando.

¿La pregunta filosófica qué busca: hallar o encontrar? ¿Busca algo que se presente que está, aunque aún no se sepa dónde, o se lanza a la búsqueda sin saber lo que hay? En cualquiera de los casos, seguramente en ambos, viene a hallarse o a encontrarse ante lo que le sale al paso por el conocer y el reconocer. A esto se dice también en latín *invenire*.

Este es, según mi parecer, el sentido genuino de la investigación (*investigatio, indagatio*). En este contexto se entiende la emergencia de las universidades: para esto surgen, es lo que las hace emerger, es el criterio que señala —apuntando el símil clínico— la vitalidad de su salud o su situación de emergencia...

## El lugar de la Universidad

El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* define «universidad» en su tercera acepción como «conjunto de personas que forman una corporación». Es la denominación previa a su referencia académico-escolástica. En la cuarta de sus acepciones es el «conjunto de las cosas creadas», en referencia a la aper-

tura al conocimiento de lo real en todas sus dimensiones.

*Universitas* es nombre abstracto formado sobre el adjetivo *universus -a -um* (todo, entero, universal), derivado a la vez de *unus -a -um* (uno). Lo que hoy referimos como Universidad tiene que ver con el hombre, la vida, la ciencia y la sociedad. Sus funciones se relacionan con la enseñanza, la investigación, la extensión o servicio y la promoción de una sociedad adecuada para que el hombre pueda ser feliz.

Su labor nace y se sustenta en el sentido corporativo de la vida humana y su accionar. En el derecho romano a la totalidad de las personas que participan de una misma profesión se denominaba *Collegium*. Así fueron denominados también las casas o conventos de las órdenes regulares destinadas para los estudios. El grupo de las personas dedicadas a tal menester intelectual era denominado *Studium*, palabra que antecede históricamente a la denominación de tal institución como *Universitas*.

En la Orden de San Agustín, por ejemplo, en 1259 Lanfranco de Milán, Prior General, se encargó de la adquisición de una casa de estudio en París. Gracias a Egidio Romano, se consiguió que «la Universidad diera por válidos los cursos en que hubieran sido lectores en otros centros de estudio de la Orden; en 1293 recibió como regalo del monarca francés Felipe el Hermoso, otro lugar más amplio y más cercano a la universidad, convertido por él y por sus primeros sucesores en el mejor *studium generale* que tuvieron los Agustinos hasta la Edad Moderna» (Gutiérrez, 1980: 171).

No transcurrió mucho tiempo antes de que se añadieran al primer *Studium Generale* de París otros *Studia Generalia*, particularmente en Bolonia, Padua y Roma (o en el lugar donde la Curia Papal estuviera en ese momento), así como *Studia Provincialia* en toda Europa (solo se enviaban los estudiantes más prometedores al *Studia Generalia*, siendo educada la gran ma-

yoría de frailes en su propia Provincia). En 1318 las actas de los Capítulos hacen mención a los *Studia Generalia* tanto en Oxford como en Cambridge (Moral Antón, 2007: 147-157).

Estas primeras «escuelas» de la Orden eran internas, agregadas a una universidad y se caracterizaban por diversas actividades escolásticas, que incluían debates públicos<sup>5</sup>. No es sorprendente que sobresalieran en este ambiente escritores de relevancia eclesial y social (Egidio Romano, Santiago de Viterbo, Enrique de Friemar, Bernardo Oliver, Gregorio de Rimini, etc.), y que hubiera buenas bibliotecas, especialmente en París.

Un buen resumen de lo anterior se refleja en la declaración del Capítulo General de Montpellier (1324): «Porque es cosa cierta que para su incremento, firmeza y honra, nuestra Orden no tiene tesoro de mayor estima que los libros útiles para el estudio, definimos y ordenamos que los libros de la librería común se conserven sin substracción alguna» (*Analecta Augustiniana* III, 468; cit. en Gutiérrez, 1980: 197).

La universalidad del origen de la *universitas* medieval está relacionada con las causas que influyeron en su nacimiento. Por un lado la disposición de los *Collegia* y *Studia* a la totalidad del saber y su apertura a alumnos procedentes de todo lugar y lengua. En correspondencia, los títulos adquiridos tenían validez universal y concedían la *licentia ubique terrarum* o *licentia ubique docendi*.

La *Universitas* comprende por ello todas las ciencias y disciplinas del saber, que contribuyen a la apertura de la inteligencia humana mediante la observación y el pensamiento a la

totalidad de lo real. Los griegos lo llamaron *episteme*, los latinos *scientia*. Es el adiestramiento de la capacidad humana para llegar a conocer y manejar edificadamente el saber. Los griegos lo llamaron *techné*, los latinos *ars*.

Esto comportaba que la *Universitas* se desempeñara con autonomía respecto de condicionamientos que limitasen su propósito. Por un lado, la autonomía propia de la ciencia y el saber que la faculta para designar sus normas y métodos. Por otro, la autonomía correspondiente para configurarse en un espacio jurídico con identidad propia, apta y capacitada para no estar sometida a condicionamientos que la inhabiliten para su misión, entre los que se encuentra uno fundamental: generar espacios de investigación.

## Qué es investigar

El 19 de octubre de 1982 un diario español de extracción católica denominado *Ya*, hoy desaparecido, publicaba el discurso de Xavier Zubiri con motivo del otorgamiento del Premio Ramón y Cajal a la investigación, que le fue concedido a él como filósofo y a Severo Ochoa como biólogo. El título de dicho artículo: «¿Qué es investigar?» Propongo alguna de sus consideraciones (Zubiri, 1982: <http://>).

1. «¿Qué es lo que se investiga? Evidentemente investigamos la verdad, pero no una verdad de nuestras afirmaciones, sino la verdad de la realidad misma. Es la verdad por la que llamamos a lo real, realidad verdadera. Es una verdad de muchos órdenes: físico, matemático, biológico, astronómico, mental, social, histórico, filo-

---

<sup>5</sup> El término «escuela» proviene del griego clásico σχολή (eskolé) por mediación del latín schola. Curiosamente el significado original en griego era de ocio, tranquilidad, tiempo libre, que luego derivó a aquello que se hace durante el tiempo libre y, más concretamente, aquello que merece la pena hacerse, de donde acabó significando estudio, por oposición a los juegos, ya en el griego de Platón y Aristóteles. En el periodo helenístico pasó a designar a las escuelas filosóficas, y de ahí, por extensión, tomó el significado actual de «centro de estudios».

sófico, etcétera».

2. «Pero, ¿cómo se investiga esta realidad verdadera? La investigación de la realidad verdadera no consiste en una mera ocupación con ella. Ciertamente es una ocupación, pero no es mera ocupación. Es mucho más: es una dedicación. Investigar es dedicarse a la realidad verdadera. *Dedicar* significa mostrar algo, *deik*, con una fuerza especial *de*. Y tratándose de la dedicación intelectual, esta fuerza consiste en configurar o conformar nuestra mente según la mostración de la realidad, y ofrecer lo que así se nos muestra a la consideración de los demás. Dedicación es hacer que la realidad verdadera configure nuestras mentes. Vivir intelectivamente, según esta configuración, es aquello en que consiste lo que se llama profesión. El investigador profesa la realidad verdadera»<sup>6</sup>.

3. «Esta profesión es algo peculiar. El que no hace sino ocuparse de estas realidades, no investiga: posee la realidad verdadera o trozos diversos de ella. Pero el que se dedica a la realidad verdadera tiene una cualidad en cierto modo opuesta: no posee verdades, sino que, por el contrario, está poseído por ellas. En la investigación vamos de la mano de la realidad verdadera, estamos arrastrados por ella, y este arrastre es justo el movimiento de la investigación».

4. «Ante todo, todo lo real es lo que es solo respectivamente a otras realidades. Nada es real si no es respecto a otras realidades. Lo cual significa que toda cosa real es desde sí misma constitutivamente abierta. Solo entendida desde otras cosas que habrá que buscar, habremos entendido lo que es la cosa que queremos comprender. Lo que así entendemos es lo que la cosa es en la realidad. El arrastre con que nos arrastra la realidad hace, pues, de su intelección un movimiento de búsqueda. Y como

esto mismo sucede con aquellas otras cosas desde las que entendemos lo que queremos entender, resulta que al estar arrastrados por la realidad nos encontramos envueltos en un movimiento inacabable no solo porque el hombre no puede agotar la riqueza de la realidad, sino que es inacabable radicalmente, a saber, porque la realidad en cuanto tal es desde sí misma constitutivamente abierta. Es, a mi modo de ver, el fundamento de la célebre frase de san Agustín: «Busquemos como buscan los que aún no han encontrado, y encontremos como encuentran los que aún han de buscar». Investigar lo que algo es en la realidad es faena inacabable, porque lo real mismo nunca está acabado. La realidad es abierta y múltiple».

Añado a esto algunas consideraciones de un debate actual, presente en una reconocida y prestigiosa universidad de nuestro país, la UNT. Así lo refiere R. E. Ruiz Pesce: «Cuál la misión de la universidad en la actual encrucijada histórica. Sin ese diálogo y debate sobre las ideas fundamentales que debieran reencauzar la marcha de la universidad, seguiremos debatiendo desde lo anecdótico y efímero; discutiremos si tenemos que unirnos a los piqueteros para luchar por la salvaguarda de la «universidad pública y gratuita», o si tenemos que acercarnos a grandes inversores o *sponsors* privados para que financien ciencia y docencia; polemizaremos si tenemos que arancelar o no arancelar los estudios universitarios; si tenemos que poner pruebas de ingreso y cupos o no; etcétera, etcétera. Detrás de todas esas disputas, en el fondo anecdóticas, efímeras y contingentes, lo que ciertamente padecemos con gravedad crónica en la universidad y en la sociedad es un *déficit de diálogo*; y eso es como decir que nos faltan la savia y los nutrientes esenciales que hacen a una comuni-

---

<sup>6</sup> *Dicare* = dedicar, consagrar. De la raíz indoeuropea *\*deik* = señalar.

dad universitaria en particular y a una comunidad política en general. En los hechos la universidad nace históricamente como la comunidad de los que enseñan y de los que aprenden; la comunidad o los gremios de maestros y de alumnos, reunidos en la común búsqueda de la verdad; verdad que era laboriosamente «peleada», palmo a palmo, en las «cuestiones disputadas» de las universidades medievales; aquella no era ninguna edad de oro, y esta ciertamente tampoco es, las edades áureas son los «velos de la ilusión» para no afrontar la realidad, pero en aquellas aurales disputas universitarias encontramos las raíces ciertas del modelo de la universidad por la que vale la pena comprometerse y luchar» (Ruiz Pesce, 2001: 3-4).

### Qué decir de las universidades católicas

Una Universidad Católica es un tipo de universidad que forma parte de la estructura de la Iglesia Católica. El Código de Derecho Canónico reconoce la existencia de dos tipos de universidades en el seno de la Iglesia Católica: la Universidad Eclesiástica y la Universidad Católica.

A una Universidad Católica puede serle concedido por la Congregación de Seminarios e Institutos de Estudios el título honorífico de *Pontificia*. Este título se da generalmente por la tradición académica y la labor que cumple la institución. Así las Universidades Católicas más antiguas son generalmente Universidades Pontificias, y todas las Universidades Eclesiásticas lo son, dadas su labor y misión. En la región o país en que está ubicada, una universidad denominada con el título de Pontificia procurará sobresalir tanto por sus cualidades de universalidad como por la calidad de su

identidad y testimonio católicos.

¿Cómo se articula, en este contexto, el carácter autónomo de la universidad con su carácter confesional? Propongo algunos aspectos.

En primer lugar, una apreciación agustiniana: «No presumamos de haber hallado la verdad. Busquémosla como si nos fuera desconocida a ambos. De esta forma, aceptando que es posible conocerla sin presunción, nos empeñaremos en buscarla unánimemente y con afán» (*Réplica a la carta de Manés*, llamada «del Fundamento», 3). Estamos siempre subjetivamente en búsqueda de la verdad objetiva que nos sostiene.

Respecto de la disposición del espíritu una vez hallada la verdad, comenta san Agustín: «¿Se ha de continuar buscando una vez encontrado? En efecto, así se han de buscar las realidades incomprensibles, y no crea que no ha encontrado nada el que comprende la incomprensibilidad de lo que busca. ¿A qué buscar, si comprende que es incomprensible lo que busca, sino porque sabe que no ha de cesar en su empeño mientras adelanta en la búsqueda de lo incomprensible, ya que cada día se hace mejor el que busca tan gran bien, encontrando lo que busca y buscando lo que encuentra? Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarlo con más avidez» (*La Trinidad* 15, 2, 2). Quien desea acceder al conocimiento de la tierra de la verdad ha de poner los pies en su senda y transitarla. No se llega a la meta sin poner los pies en el camino...

En la búsqueda de la verdad la consideración de la historia es tema fundamental, cuya reflexión encuadra san Agustín desde la verdad central del cristianismo: la encarnación. Que Dios se haya hecho carne quiere decir que se hizo historia<sup>7</sup>. La historia de los hombres en la que Dios se encarna es, a la vez,

<sup>7</sup> ἵστορία significa en la lengua griega investigación, información, informe, noticia, saber, ciencia, relato, narración...



historia de pecado y de salvación, de justicia y de misericordia, de castigo y de redención. Es en este contexto en el que san Agustín busca la razón que dé razón de la historia. Y esa razón, que no encuentra en la filosofía de los griegos, Agustín se la pide a la fe: «pedir incansablemente a la fe una razón que ilumine la creencia» (Ferrater Mora, 1945: 58-59). Es como adentrarse en un terreno en el cual uno sabe que está, pero en el que le queda casi todo por descubrir. La inteligencia de esas posibilidades que se abren será mayor cuanto más grande sea la capacidad de apertura (*Carta 120, 1, 4*).

San Agustín hace, por ello, su propuesta: «Dios nos libre de creer que se nos da la fe para que no busquemos o alcancemos la razón; ni siquiera podríamos creer si no tuviésemos almas racionales. El que la fe preceda a la razón es una constatación racional. Si ese precepto no fuese racional, sería irracional, librenos Dios de pensarlo. Por lo tanto, la razón que nos persuade de esto precede a la fe» (*Carta 120, 1, 3*). *Crede ut intelligas, intellige ut credas* (*Tratado sobre el Evangelio de san Juan 29, 6*), considerando que es algo propio de la razón y que pertenece a su fuero «el que la fe preceda a la razón en ciertos temas propios de la doctrina salvadora» (*Carta 120, 1, 3*). Corresponde proponer a la inteligencia que entienda esto, no sea que se prive de esos horizontes y de la posibilidad de pensar más allá del pensamiento; o mejor, que el pensamiento se abra a dimensiones de la realidad más allá de sí mismo, las piense y conozca su verdad.

Quizá sea este un elemento esencial para considerar el progreso de la ciencia y del saber. Con demasiada frecuencia, dice Emmanuel Levinas, «el pensamiento como saber piensa a su medida. Y probablemente por ello es, desde su nacimiento, incapaz de Dios» (1988: 157). San Agustín considera que «la fe abre la puerta al entendimiento» (*Carta 137, 4, 15*). Y matiza esta afirmación para no inducir a error res-

pecto del excelso don de la razón: «No podríamos creer si no tuviésemos almas racionales» (*Carta 120, 1, 3*).

### **Qué papel desempeña la autoridad (y con ella el magisterio) en la búsqueda universitaria católica de la verdad**

En su referencia identitaria, la Universidad Católica de Salta «se define como una institución argentina de educación superior universitaria, de régimen privado, confesional católica, sin fines de lucro, con el más alto grado de autonomía que otorga la legislación vigente en el sistema universitario argentino. / Se sitúa en la corriente cultural occidental y cristiana, en cuyos valores se enraíza la tradición de la nacionalidad argentina. Su concepción de Dios, el hombre y el universo refleja el mensaje cristiano, tal como lo enseña la Iglesia Católica Apostólica Romana. / Se caracteriza por sostener los principios democráticos de igualdad y libertad, el respeto por la ética, la justicia, la tolerancia, rechazando toda forma de discriminación y garantizando a sus miembros la libertad académica, los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y el bien común» (<http://www.ucasal.edu.ar/institucional-identidad>).

En su Proyecto Institucional, la Universidad Católica Argentina es considerada como «una institución católica argentina de pensamiento y de educación superior que aspira continuamente a la excelencia académica y profesional y a la humanización cristiana de sí misma. Mediante la enseñanza innovadora, la formación integral, la investigación y el compromiso con la Sociedad, busca aportar al desarrollo del conocimiento y al diálogo con la cultura centrado en la dignidad de la persona humana» (UCA, 2011: 2).

La palabra autoridad refiere entre los cris-

tianos el *poder* de Jesús. El evangelio según san Mateo emplea el término ἐξουσία [«exousía»]. No es poder de imposición sobre los otros (κράτος [«krátos»] - potestas), ni algún tipo de dominio o señorío coactivo (κυριότης [«kyriotés»] - *imperium*). Es ἐξουσία, *auctoritas*, que proviene de *augere*: aumentar, promover, hacer progresar, ayudar a crecer. Podría traducirse como *capacidad creadora*, aquel impulso que hace que las cosas sean y prosperen, se desplieguen y desarrollen, crezcan, de modo que el mal no tenga la última palabra sino que sea vencido, que la muerte no aniquile la vida, que la Buena Nueva se sobreponga a lo decrepito. Es la capacidad de renovación, de perdón, de progreso, de gracia y salvación. Este es el poder que Jesús confiere a su Iglesia: procurar que la vida prospere, que dé respuesta a los conflictos, que haga emerger lo bueno no obstante nuestra decrepitud, que haga explícita en nosotros la imagen de Dios que somos... (Mt 7, 29; 9, 6; 10, 1; 21, 23, 24, 27; 28, 18).

Es la autoridad del testigo, maestro de vida, en quien obra el poder generativo y creador de la gracia, en quien encontramos la sabiduría de las cosas de Dios manifestada en la ciencia de los hombres. «Ama, busca, consigue, abraza y guarda no tal o cual escuela de sabiduría, sino la sabiduría misma» (*Confesiones* 3, 4, 7). «Más vale un maestro de vida (*Lebemeister*) que mil maestros de lectura (*Lesemeister*)», decía el Maestro Eckhart (cf. Haas, 2002: 23).

La razón de una autoridad de este tipo es plenamente compatible, y necesaria, con el auténtico sentido de la búsqueda de la verdad y su investigación. Dicha autoridad es la verdadera garante de la libertad, dado que también podemos elegir nuestras servidumbres. Es la distinción agustiniana entre capacidad de elección (o *libre albedrío*) y la elección del bien (o *libertad*). Conviene, quizá, diseñar *hojas de ruta* que asuman que en la vida hay laberintos, y algunos no tienen salida. Y que de ellos sola-

mente «se sale por arriba», como decía Leopoldo Marechal. «Esto no es para que los hombres dejen de ser libres para andar por las rutas, sino más bien para que sigan las rutas en las que van a seguir siendo libres» (Chesterton, 2005: 145).

La razón de una autoridad tiene que ver con el íntimo respeto de la realidad humana. Hay en el hombre algo que «escapa y trasciende la sociedad en que vive» (Zambrano, 1988: 114). El hombre, además de individuo, es *persona*. «El lugar del individuo es la sociedad, pero el lugar de la persona es un íntimo espacio. Y en él, sí, reside un absoluto. No en otro lugar de la realidad humana. Nada que en nosotros haya sido, nada que sea nuestro producto es absoluto, ni puede serlo. Solo lo es eso desconocido y sin nombre, que es soledad y libertad» (Zambrano, 1988: 124). Es el «privilegio de la condición humana —ese interior como san Agustín dijera, donde reside la verdad—» (Zambrano, 1988: 119), ámbito en el que «nace la responsabilidad, el hacerse cargo de lo que se decide y se hace y aun de lo que se hace o está ya hecho, pues podemos asumir lo que no hemos decidido ni creado: tomarlo sobre nosotros, marchar voluntariamente con su peso» (Zambrano, 1988: 124-125).

## Qué no es o no ha de ser la Universidad

1. Una oficina del Estado o de la Iglesia. Entre otras cosas porque, como refería Miguel de Unamuno hace más de un siglo refiriéndose a los profesores universitarios, la «comparación no será muy cortés, ya lo sé, pero es exacta; muchos me parecen caballos de noria. Pónelos su dueño a que saquen agua y ellos, con sus ojos vendados, dan vueltas y más vueltas, y “cumplen con su obligación”, sin dárselos un ardite del fin que aquella agua haya de tener. “Tú ganarás tres mil pesetas por explicar la-

tín”. Y él dale que le das, a dar vuelta a la noria, con los ojos vendados. Enseña latín, sin preocuparse de la utilidad o inutilidad social que el latín puede tener, fuera de proporcionar un título» (Unamuno, 1899: 28-29).

2. Una de las principales preocupaciones del profesorado universitario, nos dice también don Miguel, era editar su propio libro de texto con el que obtener un sobresueldo. También les preocupaban el escalafón y las vacaciones. Lamentaba la carencia de publicaciones científicas, la inexistencia de verdadera investigación y que la universidad viviera de espaldas a la sociedad (cf. Unamuno, 1899: 20-35).

3. «¿Reforma, revolución de la enseñanza? Donde habría que hacerla es en las cabezas de los que enseñan, o por lo menos en las de los que han de enseñar. Soy de los muchos que creen que cualquier plan es bueno; todo depende de quién lo aplique» (Unamuno, 1899: 55).

## Cuáles han de ser nuestras disposiciones

1. Integración, apertura y pluralidad. La Universidad es lugar donde lo múltiple manifiesta la verdad de lo plural, que hace posible la confluencia de lo diferente en el propósito de edificar un proyecto común. San Agustín lo decía de quienes profesaban santo propósito de vida común en los monasterios, donde los monjes se dedicaban a la oración y el trabajo intelectual y manual con el propósito de edificar la comunión. Lo que en la Universidad se investiga, aquello que se enseña y para lo que se forma es lo real en todas sus dimensiones, la verdad en todos sus órdenes: físico, matemático, biológico, médico, astronómico, mental, social, ético, político, histórico, literario, artístico, filosófico, teológico... El universitario hace profesión de sabiduría, se consagra a esta tarea.

2. En la Universidad es lo real y su verdad lo que se atiende. La realidad es —en terminolo-

gía zubiriana— *respectiva*, esto es, tiene que ver con sus múltiples dimensiones y el posicionamiento de todos nosotros en ella. Mis apreciaciones de la realidad son respectivas, es decir, tienen que ver con mi posicionamiento y el de aquellos con quienes convivo. «La verdad no es mía ni tuya para que pueda ser tuya y mía» (*Comentarios a los salmos* 103, 2, 11).

3. El trabajo en la universidad es una *dedicación*, no tanto una ocupación. Es *vocación* que se profesa, no ocupación que se tiene. Sobran por ello las intrigas, los conciliábulos y las conspiraciones que preocupan, ocupan y no permiten dedicación.

4. *Fidelidad creativa* a la tradición: «Progreso sin tradición es trayectoria sin móvil, pura fórmula matemática, parábola ideal que no tiene en cuenta la realidad», decía también don Miguel (Unamuno, 1899: 118).

5. Diálogo dialógico y dialéctico: sabernos escuchar para poder discutir.

## Concluyendo

La vida universitaria comporta cultivar la más alta aspiración de la política: «el acuerdo de lo disímil según un orden razonable», dice san Agustín (354-430) siguiendo a Cicerón (106-43 a. C.) en su tratado *De republica* (*La ciudad de Dios* 2, 21, 1). «Hacer la unidad honda —decía Unamuno referido a los españoles y la misión de la Universidad—, la espiritual, la comunión más bien. Mientras no comulgamos en un ideal lo bastante amplio para que en él quepamos todos..., no habrá patria... La vieja resulta ya un poco estrecha; hay que ensancharla, pero ensancharla por dentro, en espíritu y en verdad. Alma de tolerancia; mente hospitalaria; culto a la verdad, sintiéndola viva, proteica y multiforme; comprensión a las más opuestas concepciones, abierta; odio al formalismo; atención al pueblo; heroísmo de trabajo; sumersión en la realidad concreta, fija la

vista en la más alta idealidad abstracta...», que haga caso omiso de las mezquindades y sus intereses.

Para que esto sea posible me parece que la filosofía ha de tener cabida en la Universidad. También hay que asegurarles su lugar a la historia, la literatura, la música y otras disciplinas pecuniariamente deficitarias, pero socialmente rentables. Porque el desafío es vivir en la verdad sin colonizarla, sin utilizarla según nuestro parecer o nuestra conveniencia, sin recluirla en el paradigma tecnocrático.

En esto el Evangelio es modelo. No molde, sino modelo: para «modelar» una mente abierta, un corazón bien dispuesto...

## Referencias bibliográficas

- Chesterton, G. K. *De todo un poco*. Buenos Aires: Pórtico, 2005.
- E. Mounier. *Manifiesto al servicio del personalismo*. Madrid: Taurus, 1986.
- Ferrater Mora, J. *Cuatro visiones de la historia universal*. Buenos Aires: Losada, 1945.
- González-Carvajal Santabábara, L. *Los cristianos en un estado laico*. Madrid: PPC, 2008.
- Gutiérrez, D. *Los Agustinos en la edad media (1256-1356)*. Volumen I/1. Roma: Institutum Historicum Ordo Fratrum S. Augustini, 1980.
- Haas, A. M. *Maestro Eckhart, figura normativa para la vida espiritual*. Barcelona: Herder, 2002.
- Jiménez Ortiz, A. «La fe en un mundo secularizado y pluralista». *Proyección* 39, 1992: 113-126.
- Léon-Dufour, X. *Vocabulario de Teología Bíblica*. Barcelona: Herder, 1982.
- Levinas, E. «Religión e infinito». En: Levinas, E.; Derrida, J. y otros (1988). *Doce lecciones de filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Juan Granica, 1988, pp. 149-158.
- Moral Antón, A. «Importancia e historia de la educación en la Orden de San Agustín»: *Etiam. Revista Agustiniiana de Pensamiento*, 2, 2007: 147-157.
- Ruiz Pesce, R. E. (2001). «Fin de la Universidad y responsabilidad de los universitarios». Disponible en: [http://www.otraunt.esposible.com.ar/docs/institucional/entrevista\\_profesor\\_ruiz\\_pesce\\_revista\\_profesionales.pdf](http://www.otraunt.esposible.com.ar/docs/institucional/entrevista_profesor_ruiz_pesce_revista_profesionales.pdf).
- UCA. *Proyecto Institucional 2011-2016* (texto enviado por el Rector a los profesores para su revisión y aportes).
- Unamuno, M. de. «De la enseñanza superior en España». *Revista Nueva*, agosto y octubre de 1899. Disponible en [http://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=2436\\_2560\\_1\\_1\\_2436](http://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=2436_2560_1_1_2436)
- Zambrano, M. *Persona y democracia*. Barcelona: Anthropos, 1988.
- Zubiri, X. «¿Qué es investigar?», 2005. Disponible en: <http://www.zubiri.org/works/spanishworks/investigar.htm>